

Interfaces sociales y prácticas extensionistas: saberes, conflictos y aprendizajes situados en territorios rurales de Mendoza

Ander Egg, Guillermo

ganderegg@fca.uncu.edu.ar

Facultad de Ciencias Agrarias- Universidad Nacional de Cuyo

Resumen

Este artículo analiza las transformaciones, continuidades y aprendizajes situados en las prácticas de extensión rural en Mendoza (Argentina), a partir de entrevistas a extensionistas con trayectoria territorial. Desde el enfoque de la teoría de la interfaz social de Norman Long, se aborda la extensión como una práctica relacional, situada y conflictiva, en la que convergen actores con saberes, racionalidades e intereses diversos. La investigación adopta una metodología cualitativa, basada en entrevistas semiestructuradas y análisis temático mediante codificación teórica. Los resultados se organizan en torno a seis dimensiones analíticas: vínculos e intencionalidades, conflicto y negociación, enfrentamiento de racionalidades, procesos de conocimiento, dinámicas de poder y multiplicidad de discursos. Se destaca la importancia del aprendizaje experiencial, la mediación simbólica y la agencia de los actores como componentes clave para comprender y transformar las prácticas extensionistas en contextos de desigualdad territorial e institucional. El estudio aporta evidencia empírica para repensar el rol de los extensionistas en clave situada, dialógica y transformadora.

Palabras clave: Extensión rural, Interfaces sociales, Prácticas Extensionistas

Abstract

This article analyzes the transformations, continuities, and situated learning within rural extension practices in Mendoza (Argentina), based on interviews with

extension agents with strong territorial experience. Drawing on Norman Long's social interface theory, extension is approached as a relational, situated, and conflictive practice, where actors with diverse knowledges, rationalities, and interests converge. The research adopts a qualitative methodology, grounded in semi-structured interviews and thematic analysis through theoretical coding. The results are organized around six analytical dimensions: relational networks and intentions, conflict and negotiation, clashes of rationalities, knowledge processes, power dynamics, and discursive multiplicity. The study highlights the relevance of experiential learning, symbolic mediation, and actor agency as key components for understanding and transforming extension practices in contexts of territorial and institutional inequality. This work provides empirical evidence to rethink the role of extension agents from a situated, dialogical, and transformative perspective.

Keywords: Rural extension, social interfaces, Extensionist practices

Introducción

El presente trabajo tiene como objetivo analizar las transformaciones, continuidades y aprendizajes en las prácticas extensionistas rurales en Mendoza, a partir de las experiencias de extensionistas con trayectoria territorial. Para ello, se adopta como marco teórico la perspectiva de la interfaz social de Norman Long, con el fin de comprender cómo se reconfiguran las formas de intervención en contextos marcados por la

interacción entre actores con racionalidades, saberes e intereses diversos.

En el campo de la extensión rural persiste una limitada problematización acerca de cómo las prácticas extensionistas se configuran y transforman efectivamente en el terreno, más allá de los modelos normativos centrados en la transferencia de tecnología. En un escenario atravesado por transformaciones institucionales, el debilitamiento de las políticas públicas y la creciente complejidad de los territorios rurales, los extensionistas se enfrentan al desafío de reconfigurar sus modos de intervención en entornos caracterizados por la heterogeneidad de actores y saberes (Long, 2007; Peixoto & Pereira, 2013).

A pesar de ello, son escasos los estudios empíricos que indagan cómo los extensionistas aprenden en la práctica, gestionan conflictos y negocian sentidos en las interfaces con otros actores (Landini, 2023; Rossi, 2011). Esta carencia dificulta la construcción de políticas y procesos formativos más acordes con las condiciones reales del trabajo extensionista. En este sentido, el presente estudio busca aportar una mirada situada, relacional y crítica sobre las prácticas de extensión rural, recuperando las voces de los propios extensionistas como actores reflexivos que construyen saberes en interacción con otros.

Desde el enfoque de la teoría de la interfaz social (Long, 2007), la extensión se concibe como una práctica situada en espacios de encuentro, negociación y conflicto entre actores con trayectorias, intereses y marcos culturales diversos (Rossi, 2011; Gallardo-López, Linares-Gabriel y Hernández-Chontal, 2021). Asimismo, se incorpora la noción de aprendizaje experiencial, reconociendo que el conocimiento profesional no se limita a lo adquirido formalmente, sino que se construye en la práctica, en diálogo con el territorio y con otros actores (Landini, 2020; Freire, 1970). Este enfoque permite repensar la

extensión como una forma de praxis transformadora (Freire, 1972), así como visibilizar las tensiones, adaptaciones y aprendizajes que emergen en las interfaces sociales (Peixoto y Pereira, 2013).

En suma, este trabajo propone una mirada situada y sistemática sobre las prácticas extensionistas en Mendoza, visibilizando cómo los extensionistas configuran su accionar cotidiano en condiciones de tensión institucional, desigualdad territorial y conflicto de saberes. A diferencia de estudios centrados en modelos institucionales o diagnósticos generales, este artículo recupera la voz de los actores como fuente analítica central, aplicando una lectura desde el enfoque de las interfaces sociales.

Marco teórico

En las últimas décadas, el estudio de las prácticas de extensión rural ha experimentado un desplazamiento teórico significativo. Se ha pasado de modelos lineales de transferencia de tecnología hacia enfoques relacionales e interpretativos que reconocen la heterogeneidad de actores, saberes y contextos. En este marco, la perspectiva centrada en el actor desarrollada por Norman Long (2007) constituye un aporte central para comprender la complejidad de las intervenciones en territorios rurales. Esta perspectiva rechaza las explicaciones deterministas que conciben el desarrollo como una imposición externa, y propone, en cambio, un análisis que pone el foco en los procesos sociales de interpretación, negociación y resignificación protagonizados por los actores locales. Long y Liu (2009) destacan que los procesos de desarrollo rural deben comprenderse como construcciones sociales situadas, antes que como resultados directos de políticas públicas o estructuras institucionales. En este enfoque, el concepto de interfaz social resulta clave, ya que alude a los espacios de encuentro, tensión y disputa entre actores con trayectorias, saberes y racionalidades diversas —

como técnicos, productores, funcionarios estatales y actores del mercado—. Estas interfaces no son escenarios neutros; son ámbitos donde se configuran relaciones de poder, se producen traducciones culturales y se definen los sentidos legítimos del desarrollo. En consecuencia, los autores critican los enfoques tecnocráticos y deterministas que tienden a homogeneizar el mundo rural, proponiendo en cambio un análisis relacional que recupere la complejidad y reflexividad de los actores involucrados (Long y Liu, 2009).

Desde esta mirada, la extensión rural no puede entenderse como un proceso unidireccional de difusión de innovaciones desde el técnico hacia el productor. Por el contrario, se trata de una interacción social situada, en la cual se negocian significados, prácticas y relaciones de poder. El concepto de interfaz social (Long, 2007) permite analizar precisamente esos espacios de encuentro —y muchas veces de conflicto— donde se encuentran actores con proyectos de vida, racionalidades y saberes distintos, como ocurre en las relaciones entre técnicos extensionistas y productores agropecuarios. En sintonía con esta perspectiva, Rossi (2011) plantea la necesidad de repensar la relación tradicional entre asesor y asesorado en el marco del asesoramiento técnico agronómico. Propone avanzar hacia una construcción conjunta de modelos de intervención que integren los objetivos, trayectorias y prácticas del productor. En este enfoque, los productores no son meros receptores pasivos de tecnología, sino sujetos activos que interpretan, adaptan y resignifican las propuestas técnicas en función de sus propias lógicas culturales y contextuales.

El enfoque centrado en el actor implica reconocer que los actores sociales no solo habitan el territorio: lo configuran, lo transforman y lo dotan de sentido mediante sus prácticas y estrategias. No obstante, las relaciones sociales no se establecen simplemente

entre individuos, sino entre posiciones en un campo social determinado. Estas posiciones, con sus propiedades objetivas, influyen en los intereses y estrategias de los sujetos, que buscan mejorar o defender su posición relativa mediante prácticas que pueden o no ser conscientes. En este sentido, la práctica extensionista debe entenderse como una actividad situada y relacional, atravesada por múltiples racionalidades y atravesada por estructuras de poder.

Los extensionistas, a su vez, son portadores de visiones del mundo, saberes técnicos y trayectorias institucionales que influyen en su práctica. Estas concepciones pueden ser heterogéneas incluso dentro del mismo sujeto, generando tensiones entre distintas formas de intervención (Peixoto y Pereira, 2013; Landini, Brites y Fernández, 2013). La extensión rural es, por tanto, una práctica compleja, interdisciplinaria y multifacética, que involucra no solo conocimientos técnicos, sino también relaciones sociales, competencias pedagógicas, recursos materiales e institucionales (Landini, 2017).

Desde una perspectiva crítica, se reconoce que la extensión no es una práctica neutra ni técnica en sentido estricto, sino una intervención social, educativa y política. A pesar de provenir de tradiciones diferentes, Paulo Freire (1970, 1972) y Norman Long (2007) coinciden en subrayar el carácter dialógico y transformador de las interacciones entre actores sociales. Freire propone una pedagogía crítica basada en la praxis, entendida como reflexión y acción transformadora sobre el mundo. Desde esta perspectiva, la extensión se concibe como una comunicación liberadora que promueve la conciencia crítica y la emancipación. Por su parte, Long (2007) sostiene que las intervenciones deben analizarse desde la perspectiva de los actores locales, en el marco de las denominadas interfaces sociales:

escenarios de negociación, conflicto y coproducción de sentidos.

Ambas miradas coinciden en destacar la importancia del trabajo con otros, el aprendizaje situado y la transformación mutua en contextos de acción territorial. Como plantea Landini (2023), el aprendizaje extensionista ocurre en la práctica, a través de la experiencia, el error, el conflicto, el diálogo y el trabajo en red. Estos elementos son centrales tanto en las teorías del aprendizaje experiencial como en el enfoque de la interfaz social.

En este sentido, la práctica extensionista apunta a transformar sujetos y contextos, articulando saberes técnicos, científicos y populares en territorios locales específicos. Su potencial transformador se potencia cuando se la inscribe en una práctica pedagógica dialógica, crítica y reflexiva (Forgiony, Molinas y López, 2018). La extensión rural no solo implica asesorar técnicamente a productores, sino también construir conocimiento socialmente útil, responder a problemáticas concretas y mediar entre lógicas diversas.

Este conocimiento extensionista, sin embargo, entra en tensión con los saberes y prácticas de los colectivos rurales y con los mandatos institucionales. Ander Egg, Bernabé y Nieto (2016) señalan que el extensionista debe actuar en medio de estas tensiones, enfrentando demandas divergentes y condicionamientos múltiples. Aunque las condiciones institucionales no determinan la práctica extensionista, sí la condicionan, en la medida en que esta se enmarca en programas, estructuras organizativas y políticas públicas (Landini, 2016).

Conti, Reboratti, Luna y Rodríguez (2024) abordan esta complejidad desde un análisis de las interfaces entre investigación, extensión e innovación en el INTA. Allí, las interfaces se presentan como espacios dinámicos donde se negocian significados, se redefinen estrategias y se disputan sentidos acerca de

la innovación. Retomando el enfoque centrado en el actor (Long, 2007), los autores destacan la importancia de las trayectorias institucionales y las prácticas situadas, mostrando cómo las políticas públicas pueden ser traducidas, resistidas o apropiadas por los actores locales.

Por ello, el concepto de interfaz social constituye una herramienta analítica poderosa para comprender las relaciones sociales en contextos de intervención. Las interfaces sociales son escenarios de convergencia entre actores con trayectorias, intereses, saberes y recursos disímiles. No son espacios neutros: son campos donde se negocian significados, se enfrentan racionalidades y se disputan legitimidades. Long y Liu (2009) las conceptualizan como "campos de batalla del conocimiento" (*battlefields of knowledge*), donde las tensiones no se restringen al nivel local, sino que atraviesan múltiples escalas de la acción social.

En estas interfaces, el conocimiento deja de ser una entidad objetiva y universal. Deviene una construcción social situada, producida en contextos de interacción, diálogo y conflicto. Tal como expresa Long (2015): *"un abordaje de interfaz concibe, entonces, al conocimiento como algo que emerge de un 'encuentro de horizontes' (...), resultado de la interacción, el diálogo, la reflexividad y los conflictos en torno a diferentes significados"* (p. 85).

En este sentido, Long (2007) propone seis dimensiones fundamentales para analizar las interfaces sociales:

1. Entidad organizada de relaciones e intencionalidades entrelazadas: Las interfaces no son encuentros casuales, sino redes de vínculos sostenidos que configuran prácticas compartidas.
2. Espacio de conflicto, incompatibilidad y negociación: Los actores implicados tienen objetivos y posiciones de poder desiguales,

lo que genera tensiones y negociaciones permanentes.

3. Enfrentamiento entre paradigmas culturales diferenciados: Las diferencias en los marcos culturales de los actores, producto de procesos de socialización distintos, pueden generar choques de racionalidades.
4. Centralidad de los procesos de conocimiento: El conocimiento se produce en la interacción, en la reflexividad y en el conflicto. En las interfaces, se enfrentan saberes expertos y populares, con disputas en torno a su legitimidad, autoridad y formas de circulación (Arce y Long, 2000).
5. Poder como resultado de relaciones estratégicas y luchas de sentido: El poder no es una propiedad estática, sino un efecto de alianzas, resistencias y negociaciones —visibles u ocultas, persistentes o transitorias—.
6. Espacio compuesto por múltiples discursos: Las interfaces son arenas discursivas donde los discursos dominantes pueden ser apropiados, cuestionados o resignificados mediante contra-discursos locales.

Estas dimensiones permiten analizar con mayor profundidad los procesos que se producen en el encuentro entre saberes, prácticas e instituciones, aportando una lente crítica y situada para pensar las intervenciones extensionistas.

Metodología

El presente estudio adopta un enfoque cualitativo, orientado a comprender las experiencias, significados y construcciones subjetivas de los actores involucrados en la extensión rural. En coherencia con esta perspectiva, se emplearon entrevistas semi-estructuradas como técnica principal de recolección de datos, con el propósito de indagar las perspectivas,

prácticas y teorías que los propios extensionistas elaboran en el ejercicio de su labor.

El criterio de selección de los entrevistados se basó en su grado de participación sostenida en programas o proyectos de extensión, priorizándose aquellos con trayectorias consolidadas. De este modo, se conformó un corpus de diez extensionistas pertenecientes a organismos públicos —específicamente el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) y el ex Instituto Nacional de Agricultura Familiar, Campesina e Indígena (INAFCI)—, todos con al menos diez años de experiencia territorial. Esta selección buscó garantizar un conocimiento profundo de las prácticas extensionistas y de los contextos socio-territoriales en los que se desarrollan.

Las entrevistas se estructuraron en torno a ítems flexibles, permitiendo explorar sin direccionar el discurso las formas en que los extensionistas conceptualizan y ejercen su práctica. El análisis se realizó a partir del concepto de interfaz social propuesto por Norman Long (2007), entendido como un espacio de encuentro entre actores con trayectorias, saberes, intereses y racionalidades diversas, donde se producen negociaciones, conflictos y construcciones de sentido. En particular, el estudio se apoyó en seis dimensiones analíticas clave mencionadas y propuestas por el autor para caracterizar las interfaces:

Entidad organizada de relaciones e intencionalidades entrelazadas

Espacio de conflicto, incompatibilidad y negociación

Enfrentamiento entre paradigmas culturales diferenciados

Centralidad de los procesos de conocimiento

Poder como resultado de relaciones estratégicas y luchas de sentido.

Espacio compuesto por múltiples discursos

El análisis del material empírico se realizó mediante el software Atlas.ti, a través de un proceso de codificación orientado por las categorías previamente definidas en el marco teórico. Esta estrategia permitió organizar e interpretar de manera sistemática los relatos obtenidos en las entrevistas, identificando patrones, tensiones y significados relevantes en torno a las prácticas extensionistas.

No obstante, el estudio presenta algunas limitaciones que deben ser consideradas. El corpus analizado se compuso de un número acotado de entrevistas, centradas exclusivamente en extensionistas pertenecientes a organismos públicos con trayectoria territorial consolidada, lo que podría restringir la diversidad de perspectivas incluidas. Además, la interpretación de las dimensiones fue realizada desde la perspectiva teórica de Norman Long, lo cual delimita el horizonte epistémico desde el cual se abordan las prácticas extensionistas. En este sentido, se recomienda que futuras investigaciones amplíen el universo de actores considerados y analicen los efectos de las transformaciones institucionales recientes que atraviesa el sistema científico-tecnológico y extensionista en Argentina.

Análisis de resultados

1. Interfaces sociales como redes de práctica y aprendizaje en extensión rural

A partir del análisis del corpus de entrevistas, se identifican diversas formas de configuración de las interfaces sociales que dan cuenta de relaciones e intencionalidades entrelazadas, en el sentido planteado por Norman Long (2007). Estas no se reducen a encuentros puntuales o asistencias técnicas aisladas, sino que conforman entramados de vínculos sostenidos en el tiempo, donde se

coproducen saberes, se negocian sentidos y se redefinen las prácticas extensionistas.

Una primera forma de estas interfaces se observa en los testimonios de quienes han construido su trayectoria insertándose territorialmente y participando de organizaciones campesinas o ferias locales. Desde este posicionamiento, el trabajo extensionista adquiere un carácter cotidiano, situado y relacional, donde la confianza mutua y la experiencia compartida operan como condiciones para la acción. En estos casos, la extensión se entrelaza con otras dimensiones de la vida comunitaria, como el cuidado de niños, la salud, el acceso al agua o la defensa del territorio. Las interfaces, entonces, se configuran como redes de co-responsabilidad y de articulación política, donde la mediación técnica es inseparable de las trayectorias sociales de los actores involucrados (Freire, 1972; Peixoto y Pereira, 2013).

Otra modalidad destacada se advierte en los relatos de extensionistas que refieren a la importancia del diagnóstico participativo y el mapeo de actores como condiciones previas a la intervención. Estas herramientas, inspiradas en aportes de las ciencias sociales, no sólo permiten una mejor adecuación técnica, sino que habilitan el reconocimiento de los sujetos con los que se trabaja como portadores de saberes y demandas propias. En este sentido, las interfaces se presentan como espacios metodológicos y epistémicos donde los extensionistas aprenden a leer el territorio, adaptan sus dispositivos de acción y resignifican su rol (Long, 2007; Rossi, 2011).

Asimismo, se identifican procesos de construcción de redes interinstitucionales, donde la extensión rural se realiza articulando con municipios, escuelas, programas provinciales y organizaciones de base. Estas experiencias revelan que las interfaces no son solo interacciones entre técnicos y productores, sino espacios ampliados de negociación intersectorial,

donde se entrecruzan discursos, lógicas organizativas y formas de autoridad diversas (Gallardo-López, Linares-Gabriel y Hernández-Chontal, 2021; Long, 2007). "Uno aprende más caminando el campo que en los cursos; ahí es donde están los problemas reales" (Extensionista 3, entrevista, 2024).

Estas configuraciones dan cuenta de una práctica extensionista que se transforma en la acción, en diálogo con las condiciones del territorio y con los otros actores que lo habitan. En términos de Freire (1970), se trata de una praxis, es decir, una acción reflexiva y transformadora, que interpela también al extensionista y su modo de concebir el conocimiento. Como se observa en los relatos, los aprendizajes más significativos no se producen en instancias formales, sino en la experiencia compartida, en la resolución de conflictos, en la construcción de confianzas y en la resignificación crítica de los marcos previos (Landini, 2020; 2023).

2. Espacios de conflicto, incompatibilidad y negociación

Este eje de análisis se centra en cómo las relaciones entre actores en las prácticas extensionistas están marcadas por objetivos en pugna y desigualdades estructurales de poder. Las entrevistas relevadas permiten observar que la intervención extensionista rara vez ocurre en un terreno neutro. Por el contrario, los actores se encuentran inmersos en un entramado de tensiones derivadas de intereses divergentes, trayectorias institucionales asimétricas y condiciones materiales desiguales.

Varios testimonios destacan el carácter ambivalente de la posición que ocupa el extensionista: por un lado, se espera que represente e implemente las políticas institucionales; por otro, debe atender las urgencias, demandas y prioridades de los actores territoriales. Esta doble pertenencia—institucional y comunitaria—

coloca al técnico en un espacio de negociación permanente (Ander Egg et al, 2016). Un ejemplo frecuente se da cuando deben mediar entre normativas administrativas rígidas y la informalidad que caracteriza muchos procesos productivos campesinos. La tensión no sólo es técnica o burocrática, sino política, en tanto compromete la legitimidad del extensionista ante ambos espacios.

En estos escenarios, las decisiones no pueden ser neutras: se negocia el alcance de los recursos, la pertinencia de los proyectos y hasta la interpretación de los resultados. Tal como señala Long (2007), las interfaces sociales son escenarios de disputa simbólica y material, donde se redefinen jerarquías, identidades y prioridades. La mediación extensionista se vuelve así un proceso de gestión de ambigüedades, donde la construcción de confianza es tan crucial como la transmisión técnica. Landini (2023) aporta a esta comprensión al señalar que la labor del extensionista está atravesada por una tensión estructural entre las exigencias institucionales y las condiciones del campo. En palabras de los propios extensionistas, muchas veces deben asumir roles de articuladores, mediadores o incluso gestores sociales ante la ausencia del Estado o el vaciamiento de programas. Estas condiciones exigen no solo capacidades técnicas, sino sensibilidad política, creatividad institucional y ética relacional.

El conflicto no debe ser visto únicamente como un obstáculo, sino como una oportunidad pedagógica y de transformación. Las situaciones en las que los actores sociales se enfrentan a intereses contrapuestos —por ejemplo, dentro de una organización que debe decidir cómo distribuir un recurso escaso— generan procesos de aprendizaje colectivos. Los extensionistas relatan que en estos momentos deben facilitar espacios de diálogo, sostener procesos incluso sin respaldo financiero, y

redefinir permanentemente su práctica en función de los vínculos construidos.

En suma, los espacios de conflicto, incompatibilidad y negociación se configuran como dimensiones constitutivas de la práctica extensionista. Lejos de ser excepcionales, estos escenarios son la norma en contextos rurales complejos y desiguales. Comprenderlos desde el enfoque de la interfaz social permite visibilizar las disputas de sentido que atraviesan la intervención, así como la agencia estratégica de los actores que participan en ella. *"A veces no es que no quieren cambiar, es que lo que se propone no tiene nada que ver con su realidad"* (Extensionista 7, entrevista, 2024).

3. Choques culturales y aprendizajes situados en la extensión rural

Otro aspecto relevante que emerge del análisis es el enfrentamiento entre paradigmas culturales diferenciados. Las entrevistas dan cuenta de múltiples situaciones en las que las racionalidades técnico-institucionales de los extensionistas entran en tensión con las lógicas de vida, los saberes tradicionales y las cosmovisiones de los actores rurales. Estas tensiones no sólo se expresan en el plano de los conocimientos, sino también en las formas de organización, los tiempos productivos, el lenguaje, y las expectativas respecto a la intervención. Por ejemplo, se relatan experiencias donde propuestas tecnológicas resultan inapropiadas o generan rechazo al no considerar los modos de vida campesinos o las condiciones materiales de los productores. En estos contextos, las interfaces visibilizan choques de racionalidades que dificultan la intervención, pero que también pueden constituirse en oportunidades pedagógicas si son abordadas desde una lógica dialógica y reflexiva (Long, 2007; Freire, 1970; Peixoto y Pereira, 2013).

En esta línea, se evidencian situaciones en las que los extensionistas modifican sus estrategias al reconocer estas divergencias, reformulando sus propuestas para hacerlas culturalmente pertinentes. Esta capacidad de adaptación, basada en la escucha activa y el reconocimiento del otro como sujeto de conocimiento, se convierte en una competencia clave para la acción extensionista en contextos diversos. Las interfaces sociales, en este sentido, no son meros espacios de contacto, sino verdaderos "campos de batalla del conocimiento" (Long, 2007), donde se redefine qué saberes son legítimos, qué prácticas son válidas y qué relaciones de poder se establecen en torno a ellos. Esto se refleja en testimonios que dan cuenta de aprendizajes vinculados a la experiencia concreta de enfrentar obstáculos, como la imposibilidad de implementar una tecnología por falta de condiciones materiales, o el rechazo de una propuesta por no contemplar las dinámicas comunitarias. En uno de los testimonios, un extensionista relata cómo, al implementar una herramienta de riego tecnificada, se encontró con una comunidad que priorizaba el uso colectivo y ritual del agua, y cómo esto lo llevó a repensar su rol y a modificar sus estrategias. Tal como lo sostiene Landini, son estas situaciones las que impulsan procesos de aprendizaje anclados en la experiencia, que permiten adquirir habilidades prácticas que rara vez se abordan en la formación técnica formal, pero esenciales para una práctica transformadora. *"Yo tuve que dejar de lado el formulario y sentarme a escuchar lo que la gente necesitaba"* (Extensionista 2, entrevista, 2024).

Se destaca la importancia del aprendizaje horizontal, entre colegas y actores territoriales, lo cual también se observa en los relatos de quienes mencionan que su modo de intervenir fue moldeado por la interacción con productores, con extensionistas de mayor trayectoria y con organizaciones del territorio. Estas

comunidades de práctica, según Landini, son fundamentales para construir saberes contextualizados y pertinentes. En efecto, varios extensionistas señalan que aprendieron más de los intercambios con productores experimentados que de los cursos formales, lo cual refuerza la idea de que el saber técnico se legitima y enriquece en la práctica situada.

Estas configuraciones dan cuenta de una práctica extensionista que se transforma en la acción, en diálogo con las condiciones del territorio y con los otros actores que lo habitan. En términos de Freire (1970), se trata de una praxis, es decir, una acción reflexiva y transformadora, que interpela también al extensionista y su modo de concebir el conocimiento.

4. Centralidad de los procesos de conocimiento

En las entrevistas analizadas se observa con claridad cómo el conocimiento no circula de manera unilateral, sino que se produce, disputa y resignifica en los espacios de interacción territorial. Esta dimensión, ampliamente desarrollada por Norman Long (2007), enfatiza que los procesos de intervención están atravesados por encuentros —y también por fricciones— entre saberes técnico-científicos y saberes populares. Lejos de tratarse de una transferencia lineal, la extensión rural constituye un campo de producción de conocimiento relacional, en el que se negocia la legitimidad y el sentido de lo que se considera válido, útil y verdadero.

Varios testimonios dan cuenta de esta dinámica. Extensionistas relatan cómo, en la práctica, deben abandonar la posición de expertos para poder aprender de las experiencias de los productores y actores territoriales. Este giro epistémico transforma la práctica técnica en un proceso pedagógico mutuo.

Por ejemplo, en más de una entrevista se menciona cómo la implementación de un módulo productivo requirió incorporar conocimientos ancestrales sobre el uso del agua o del monte, lo que obligó a replantear los criterios iniciales del proyecto. Estas experiencias coinciden con lo señalado por Chia et al. (2003) y Rossi (2011), quienes sostienen que el asesoramiento técnico más efectivo es aquel que reconoce y articula los objetivos y prácticas del productor.

Esta visión se articula también con la noción de comunidades de práctica (Wenger y Snyder, 2000), donde los saberes se producen en el hacer conjunto, y no como un saber preexistente a ser transmitido.

Las disputas por la legitimidad del conocimiento también se manifiestan en los relatos de tensión entre las exigencias institucionales —basadas en indicadores, cronogramas y formatos técnicos— y las formas de conocimiento locales, situadas en otras temporalidades y formas de validación. Algunos extensionistas afirman que, ante la imposición de un modelo técnico inadecuado, debieron construir evidencias desde la experiencia para poder legitimar ante sus superiores una propuesta alternativa emergente desde el territorio. Estas situaciones ilustran lo que Long (2007) conceptualiza como "campos de batalla del conocimiento", donde se confrontan visiones del mundo, lenguajes y jerarquías epistémicas.

Desde una perspectiva freiriana, esta dinámica puede entenderse como un proceso de concientización, en el que tanto técnicos como productores transforman sus miradas a partir del diálogo problematizador (Freire, 1970; 1972). La extensión, en este marco, se convierte en una praxis educativa que articula reflexión, acción y transformación. La producción de conocimiento, entonces, no es un objetivo secundario,

sino el núcleo mismo del proceso de intervención. *"Cuando no hay plata, lo que queda es la confianza que uno genera en el trabajo diario"* (Extensionista 5, entrevista, 2024).

En síntesis, la centralidad de los procesos de conocimiento en las prácticas extensionistas implica reconocer el carácter situado, conflictivo y relacional del saber. Los actores no sólo intercambian información, sino que se transforman mutuamente en el proceso de construir significados compartidos. Desde esta perspectiva, el trabajo extensionista se redefine como una forma de mediación epistémica, orientada a construir puentes entre racionalidades distintas y a generar conocimiento útil, legítimo y contextualizado para las comunidades rurales.

5. Poder como resultado de relaciones estratégicas y luchas de sentido

En las entrevistas analizadas emergen con fuerza las dinámicas de poder que atraviesan las prácticas extensionistas. Desde la perspectiva de Norman Long (2007), el poder no debe concebirse como una entidad fija o un atributo individual, sino como el resultado de relaciones estratégicas construidas en la acción. En este sentido, las interfaces sociales constituyen escenarios donde se despliegan formas de control, resistencia y negociación, tanto visibles como latentes, transitorias o persistentes.

Los extensionistas describen situaciones donde la autoridad institucional no garantiza influencia real sobre los procesos territoriales, y donde, en cambio, deben construir legitimidad mediante el vínculo, la confianza y la reciprocidad con los actores locales. En más de un caso, se menciona que un proyecto solo fue posible gracias a alianzas estratégicas con referentes comunitarios, organizaciones sociales o actores no estatales, lo que refleja que el poder se

ejerce más por articulación que por imposición. Este hallazgo se alinea con lo planteado por Peixoto y Pereira (2013), quienes sostienen que las relaciones de poder en la extensión son móviles, situadas y relacionales.

A su vez, se identifican formas de resistencia por parte de los actores territoriales frente a propuestas institucionales percibidas como ajenas o impositivas. Estos actos, a veces explícitos —como el rechazo de una tecnología— y otras veces más sutiles —como la no participación en una actividad—, constituyen también formas de agencia que reconfiguran las relaciones de poder en la interfaz. Tal como señala Rossi (2011), las prácticas extensionistas están atravesadas por luchas de sentido, donde se disputa no solo qué se hace, sino cómo se define lo valioso, lo urgente o lo posible.

Fernando Landini (2023) aporta una mirada complementaria al afirmar que los extensionistas deben operar como agentes estratégicos, capaces de reconocer los márgenes de maniobra disponibles dentro de las estructuras institucionales. En sus estudios, observa que los técnicos que logran mayor impacto en el territorio no son necesariamente los que tienen más recursos, sino los que desarrollan mayor capacidad de negociación, adaptabilidad y lectura política del contexto. Esto se refleja en varios testimonios, donde se narra cómo, ante recortes presupuestarios o cambios de gestión, los extensionistas apelan a redes informales, intercambios simbólicos y acuerdos implícitos para sostener sus intervenciones.

También se manifiestan formas de poder ocultas o simbólicas, como el control del tiempo, del lenguaje técnico o de los canales de acceso a los programas. La posibilidad de "hablar el lenguaje del Estado" aparece como un recurso estratégico que algunos

actores dominan mejor que otros, reproduciendo así desigualdades en el acceso a los beneficios. En este punto, las entrevistas ilustran cómo la labor del extensionista puede contribuir tanto a reproducir como a desestabilizar esas desigualdades, dependiendo de su posicionamiento y de su compromiso con la equidad.

El poder en las prácticas extensionistas no es unívoco ni centralizado, sino que se construye en la interfaz, a través de múltiples relaciones estratégicas, alianzas, resistencias y disputas simbólicas. Reconocer esta complejidad permite comprender la extensión rural no solo como intervención técnica, sino como práctica política situada, donde se juega la posibilidad de construir relaciones más horizontales, inclusivas y transformadoras.

6. Espacio compuesto por múltiples discursos

Las interfaces sociales constituyen también espacios discursivos donde convergen, se negocian y se reconfiguran múltiples formas de decir, interpretar y actuar. Como plantea Long (2007), estos escenarios no sólo implican interacción entre actores con distintos intereses, sino también entre discursos que compiten por legitimidad, sentido y hegemonía. En este marco, las prácticas extensionistas se desarrollan en arenas discursivas donde las narrativas institucionales pueden ser apropiadas, reinterpretadas o directamente cuestionadas por los actores territoriales.

En las entrevistas se evidencia que los discursos técnicos y programáticos —asociados a la planificación estratégica, la eficiencia productiva o la innovación tecnológica— no siempre encuentran eco inmediato en las comunidades rurales. Por el contrario, son frecuentemente resignificados desde perspectivas locales que priorizan la autonomía, la

sostenibilidad de los vínculos o la defensa del territorio. Un ejemplo recurrente es el cuestionamiento a la lógica de “productividad” entendida en términos mercantiles, frente a una visión campesina centrada en la reproducción de la vida y el cuidado de los bienes comunes.

Este fenómeno de resignificación puede leerse como la emergencia de contra-discursos, es decir, formas de enunciación que desafían o tensionan las categorías dominantes. En varios relatos se menciona cómo los productores o referentes comunitarios reformulan los objetivos de los proyectos o adaptan las herramientas propuestas según sus propios marcos interpretativos. Estas prácticas discursivas no implican rechazo absoluto, sino apropiación crítica, que transforma lo impuesto en algo propio. Según Peixoto y Pereira (2013), este proceso es clave para generar intervenciones pertinentes, porque permite articular saberes técnicos y populares sin subsumir unos en otros.

Asimismo, algunos extensionistas reconocen que ellos mismos deben aprender a “traducir” los discursos institucionales a lenguajes accesibles y culturalmente significativos, y viceversa. Esta tarea de mediación discursiva no es neutra: implica decisiones políticas sobre qué decir, a quién, cómo y con qué efectos. En este sentido, la interfaz extensionista se revela como un espacio de disputa semántica, donde las palabras y los relatos construyen realidades posibles. Rossi (2011) sostiene que la extensión rural efectiva no es aquella que impone un discurso técnico, sino la que se abre a la conversación y al conflicto de sentidos.

Desde el enfoque freiriano, este proceso puede pensarse como parte de una pedagogía crítica del diálogo, donde el discurso no es solo una herramienta

de transmisión, sino un espacio de problematización y transformación (Freire, 1970). Los contra-discursos que emergen en el territorio, lejos de ser obstáculos, son oportunidades para reflexionar sobre las propias prácticas, revisar supuestos y generar conocimiento colectivo.

En resumen, las interfaces sociales como espacios compuestos por múltiples discursos muestran que la extensión rural no se agota en lo técnico ni en lo instrumental. Implica también un trabajo simbólico, donde lo que se dice, cómo se dice y desde dónde se dice configura posibilidades (o límites) para la acción. Reconocer la heterogeneidad discursiva y asumir su potencial transformador constituye una condición indispensable para una práctica extensionista situada, crítica y emancipadora.

Discusión y conclusiones

En contraste con estudios centrados en modelos normativos, evaluaciones institucionales o enfoques formativos, este trabajo recupera las voces de extensionistas rurales desde una perspectiva reflexiva y analítica. Su originalidad radica en reconstruir cómo se negocian, disputan y resignifican los sentidos de la práctica en la interfaz social, aportando evidencia empírica sobre dimensiones frecuentemente invisibilizadas: aprendizajes situados, tensiones institucionales, conflictos culturales y mediaciones simbólicas que configuran el quehacer extensionista. El análisis de las entrevistas, a la luz del enfoque teórico de las interfaces sociales de Norman Long (2007), permite comprender la extensión rural no como un proceso lineal de transferencia de conocimientos, sino como una práctica situada, dialógica y relacional, marcada por la complejidad, la ambigüedad y la transformación mutua de los actores. Las dimensiones analíticas abordadas revelan la densidad del trabajo extensionista, donde confluyen

procesos técnicos, educativos, políticos y simbólicos que reconfiguran tanto los territorios como a los propios extensionistas.

Un aporte central del estudio es visibilizar que las interfaces sociales constituyen espacios donde se produce conocimiento, se negocia poder y se disputan sentidos. La práctica extensionista se configura como un entramado de vínculos sostenidos en el tiempo, en los que la legitimidad se construye más por la coherencia y el compromiso que por la autoridad institucional. Los testimonios muestran que los saberes se generan en la interacción, que los conflictos son inherentes a la intervención y que la reflexividad se convierte en un recurso imprescindible para sostener procesos transformadores.

Si bien las categorías de la teoría de la interfaz social (Long, 2007) iluminan con claridad tensiones, conflictos y aprendizajes, presentan limitaciones. En algunos casos, el análisis corre el riesgo de encajar los relatos en tipologías predeterminadas —conflicto, poder o racionalidades— sin reflejar la riqueza contextual ni la agencia creativa de los actores. Enriquecen la comprensión al visibilizar la dimensión relacional y conflictiva de la extensión, pero dejan puntos ciegos respecto a la historicidad de las políticas públicas, la precarización institucional y los condicionamientos materiales que estructuran la práctica.

Asimismo, la centralidad de la noción de “choque de racionalidades” puede opacar dimensiones igualmente relevantes, como las afectivas y emocionales, que emergieron en las entrevistas al describir el vínculo cotidiano con las comunidades. Aunque menos teorizadas, estas dimensiones también configuran aprendizajes situados y orientan

prácticas que los marcos analíticos tradicionales no siempre capturan.

En síntesis, las categorías empleadas resultan útiles para comprender la extensión como práctica social situada, atravesada por tensiones y aprendizajes, pero requieren ser complementadas para dar cuenta de la incidencia de las condiciones institucionales, materiales y afectivas. Estos puntos ciegos abren la necesidad de profundizar futuras investigaciones en tres direcciones principales:

- Dimensión institucional: explorar cómo la precariedad laboral, la discontinuidad de programas y las dinámicas burocráticas condicionan la acción extensionista.
- Perspectiva de los actores rurales: contrastar discursos y prácticas extensionistas con las voces de productores y comunidades, atendiendo a sus racionalidades y expectativas.
- Emociones y afectividades: analizar cómo la empatía, la confianza o el desgaste inciden en la construcción de vínculos y aprendizajes.

Al mismo tiempo, los hallazgos permiten cuestionar una visión instrumental de la extensión, centrada en la eficiencia o la mera implementación de programas. Lo que emerge es una praxis política, pedagógica y territorial, que exige habilidades de mediación intercultural, gestión de conflictos, producción de conocimiento situado y construcción de redes interinstitucionales.

La perspectiva del aprendizaje experiencial aporta una clave adicional: dimensiona el territorio como espacio formativo, donde se producen saberes y subjetividades profesionales. Lejos de manuales

técnicos o instrucciones estandarizadas, los extensionistas aprenden en el hacer, en el diálogo, en la escucha y en el conflicto. Este aprendizaje se desarrolla en comunidades de práctica, alianzas y resistencias, que resignifican la intervención pública y amplían los horizontes de lo posible.

Estos hallazgos abren nuevas líneas de indagación: ¿cómo sistematizar y transferir los aprendizajes informales adquiridos en la práctica? ¿Qué dispositivos institucionales podrían fortalecer la reflexividad crítica y el trabajo colaborativo en red? ¿Cómo inciden las transformaciones recientes en las políticas públicas sobre las posibilidades reales de acción territorial? ¿De qué manera las trayectorias y posicionamientos políticos de los extensionistas modelan sus intervenciones? ¿Qué rol ocupan los discursos locales en la resignificación de los marcos técnicos hegemónicos?

Estas preguntas, lejos de clausurar el análisis, buscan estimular una agenda de investigación situada, atenta a las prácticas, a las relaciones de poder y a los procesos de producción de conocimiento que configuran el quehacer extensionista en los contextos rurales latinoamericanos contemporáneos. El enfoque de las interfaces sociales se muestra especialmente pertinente para pensar estas prácticas desde una lógica relacional, reconociendo la pluralidad de actores, saberes y racionalidades en juego. En este marco, la extensión rural aparece no solo como un campo de acción técnica, sino como un espacio de disputa y transformación social, donde se coproducen sentidos, se cuestionan jerarquías y se ensayan formas más sostenibles de habitar el territorio

Bibliografía

- Ander Egg, G., Bernabé, E., & Nieto, A. (2016). La práctica del extensionista: tensiones entre concepciones teóricas, mandatos institucionales y demandas de los productores. En XVIII Jornadas Nacionales de Extensión Rural y X del Mercosur. Asociación Argentina de Extensión Rural (AADER). Neuquén, Argentina. ISSN 1515-2553.
- Arce, A., & Long, N. (2000). Anthropology, development and modernities: Exploring discourses, counter-tendencies and violence. Routledge.
- Conti, M., Reboratti, C., Luna, D., & Rodríguez, G. (2024). Vínculo investigación-extensión y modelos de innovación en el INTA: Análisis institucional en Argentina. *Research in Extension and Rural Development*, 12(1), 35–58.
- Figari, M., Rossi, V., & Nougué, M. (2002). Impacto de una metodología de asesoramiento técnico alternativo en sistemas de producción lechera familiar. *Agrociencia Uruguay*, 6(2), 61–74.
- Freire, P. (1970). Extensión o comunicación. Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (1972). Pedagogía del oprimido. Siglo XXI Editores.
- Gallardo-López, F., Linares-Gabriel, A., & Hernández-Chontal, M. A. (2021). Theoretical and conceptual considerations for analyzing social interfaces in agroecosystems. *Frontiers in Sustainable Food Systems*, 5, 658438.
- Landini, F. (2020). How do rural extension agents learn? Argentine practitioners' sources of learning and knowledge. *The Journal of Agricultural Education and Extension*, 26(5), 445–463.
- Landini, F. (2023). La dinámica de aprendizaje experiencial en la formación de las y los extensionistas rurales latinoamericanos. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 28(96), 251–275.
- Long, N. (2007). Sociología del desarrollo: Una perspectiva centrada en el actor. El Colegio de San Luis / CIESAS.
- Long, N. (2015). Un abordaje desde la noción de interfaz social para el estudio de procesos de desarrollo rural. En F. Landini (Comp.), *Hacia una psicología rural latinoamericana* (pp. 77–96). CLACSO.
- Long, N., & Liu, J. (2009). The frontiers of knowledge: Between relationality and boundary. En N. Long & J. Liu (Eds.), *Knowing governance* (pp. 117–145). Cambridge University Press.
- Peixoto, M. D., & Pereira, C. (2013). Saberes y prácticas de extensionistas rurales. *Revista Extensión Rural*, 20(46), 15–28.
- Rendón, R., Roldán, E., Hernández, B., & Cadena, P. (2015). Los procesos de extensión rural en México. *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas*, 6(1), 151–161.
- Rossi, V. (2011). Aportes metodológicos para el asesoramiento técnico y la extensión rural. *Revista Técnica del Instituto Plan Agropecuario*, 31, 50–55.
- Wenger, E., & Snyder, W. M. (2000). Communities of practice: The organizational frontier. *Harvard Business Review*, 78(1), 139–145.